

Prólogo: La francesa cuando venga...

¿Quieres jugar a un juego?

No temas. Te prometo que no soy el zumbado de *Saw*.

Solo será un inocente juego de rol, un pequeño test para saber si este libro es para ti.

¿Qué me dices, te atreves?

Veo que sí. En ese caso, imagina...

Imagina que vienes de familia humilde, pero tienes el trabajo ideal, y los miembros del otro sexo no te quitan nunca el ojo de encima.

En otras palabras, imagina por un momento, solo por un momento, que lo tienes todo para ser feliz, que eres Émilie, la protagonista del libro que, si estás leyendo esto, supongo que tienes entre manos.

¿Qué, a que te dan ganas de saltar montaña arriba dando botes, cantando a grito pelado al más puro estilo Heidi?

Pues déjate de cantes tiroleses, que esto es una novela negra.

Por eso, ahora imagina que un día, un mal día, tienes un accidente de tráfico. Chocas con otro coche, y por su culpa, por culpa de su conductor, pierdes una pierna.

Y con tu pierna, tu trabajo de ensueño, y tu vida perfecta.

Y encima, para rematar la jugada, para rematar la putada, el culpable se va de rositas.

Ahora dime, va, dime, ¿qué harías?

En serio, párate a pensar, ¿qué harías?

Justicia, ¿verdad?

O lo que es lo mismo, venganza.

Pues esto es lo que se plantea, lo que te plantea *En silencio*, una novela que, terminado su primer e impactante capítulo, no podrás, ni querrás dejar de leer, hasta llegar a su chocante desenlace, mientras te preguntas constantemente, si también tú estarías dispuesto a hacer lo mismo que Émilie.

No en vano, como vimos y leímos en *Alex* de Pierre Lemaitre, o en *Tarántula* de Thierry Jonquet, la francesa cuando venga, es que venga de verdad.

Aunque conforme vas pasando las páginas, la línea entre víctima y verdugo, culpable e inocente, sea cada vez más tenue, más difusa.

Y sin embargo, haga lo que haga, diga lo que diga, tú, como yo, no podrás evitar identificarte con Émilie.

Preocuparte por sus preocupaciones, sufrir con sus sufrimientos, justificar sus injustificables errores.

Porque todos tenemos algo de Émilie.

Y es que, *En silencio* es un himno en clave de *thriller* intimista a los eternos perdedores del sistema, aquellos que luchan cuanto luchan, luchemos cuanto luchemos, durante décadas, durante generaciones, están, estamos, abocados a seguir siendo los últimos monos del zoo, los juguetes rotos del capital, los extras de la Historia.

Quizá por esta capacidad para meter el dedo en la llaga de la sociedad, por sus originales estructuras, o tal vez por su capacidad para diseccionar el alma humana, *En silencio*, como sus personajes, novela a novela, galardón a galardón, Marin Ledun está fraguando una de las carreras más prometedoras de la literatura criminal francesa actual, destapándose como una voz diferente, pidiendo a gritos un hueco en nuestras librerías, y un espacio en tu estantería.

Pero mejor me callo.

Porque si has llegado hasta aquí, seguro que estás deseando conocer a Émilie.

Así que, sin más, te dejo con ella.

Y con tus dudas.

Sergio Vera Valencia

Director de la colección Off Versátil

El 14 de julio de 2015, a las once de la noche, las terrazas de los bares-restaurantes y las farolas de Begaarts-Playa se apagaron. Las estrellas aparecieron como por arte de magia.

Simon Diez llevaba puestos unos tejanos y una camisa blanca. Treinta y siete años, corte de pelo apurado, manos callosas y músculos visibles. Su presencia física impresionaba.

Se había fijado en la mujer desde el momento en que llegó a la plaza desde donde se iban a lanzar los fuegos artificiales. La había reconocido enseguida. Jugaba al solitario y al bingo todos los viernes por la mañana, a la hora en que él se bebía una caña en el mostrador del bar-estanco de la calle General Leclerc, antes de empezar su turno de trabajo en la sociedad de aprovechamientos forestales para la que trabajaba desde hacía más de cuatro años. Una sonrisa incrédula aparecía en sus labios cuando perdía. Cojeaba y su perfume contenía una ligera insinuación de vainilla.

Era todo lo que necesitaba saber de ella.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Simon captó su mirada abrasadora en el instante preciso en que los primeros cohetes ascendían silbando por el aire antes de estallar sobre el océano Atlántico. Veinticinco mil rostros boquiabiertos se iluminaron simultáneamente de oro y plata. Hubo un brusco movimiento colectivo cuando los mirones se apretujaron en masa contra las barreras instaladas a primera hora de la tarde por los servicios municipales.

La mujer se estremeció de placer y se dio la vuelta para disfrutar del espectáculo. Empujado por un grupo de adolescentes ruidosos, Simon la perdió de vista en medio de los «¡Oh!», los «¡Ah!» y los estallidos de luz.

Los artificieros se superaron.

El cielo ardía.

Durante veinte minutos, el petardeo de los cohetes ahogó los gritos alegres de los espectadores y el murmullo de las olas detrás de las dunas. El viento soplaba sin descanso, llevándose nubes de humo y pavesas aún enrojecidas en dirección a las residencias de alquiler de la parte sur de la población; milagrosamente, ningún conato de incendio que deplorar. Simon ni siquiera alzó la vista. Se abrió paso en dirección a las barreras, esperando encontrar a la chica de antes.

Una pareja de jubilados en éxtasis ocupaba ahora el lugar en el que ella se le había aparecido. A su derecha, un niño de cuatro o cinco años de mofletes encendidos se agarraba con todas sus fuerzas al cuello de su padre y chillaba aterrorizado. La madre intentaba en vano ponerle en las manos un globo con la imagen de Mickey Mouse, para calmarlo. A la izquierda, unas jóvenes turistas españolas, camisetas blancas «I love NYC», petos escotados y *smartphones* alzados como estandartes, alborotaban mientras hacían fotos sin parar. Simon barrió el lugar con la mirada.

La mujer se había volatilizado.

Simon se preguntó si lo habría soñado. Se sentó en un piliote, extrajo un Camel Blue light de su paquete e hizo chascar su encendedor. Sobre su cabeza, epílogo y castillo de fuegos final, versión tiros de mortero y artillería pesada.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

La multitud retuvo el aliento, luego las personas que le rodeaban empezaron a silbar y a aplaudir. La oscuridad volvió a adueñarse de la playa, el niño en brazos de su padre chilló con más ganas; Mickey, harto tal vez, echó a volar de pronto y desapareció en la noche; las luces se encendieron de nuevo. Simon dio dos caladas a su cigarrillo, lo tiró al suelo a sus pies y lo aplastó con el talón. Cuando levantó la vista, la mujer estaba plantada delante de él, brazos en jarras y mohín inquisitivo.

Se tomó su tiempo para levantarse, sin respiración.

¡Cielo santo!

Ella solo tenía ojos para él.

En carne y hueso y a menos de un metro, su aspecto era aún mejor: unos cuarenta años, metro sesenta, una larga melena de color castaño teñida con henna, sin más adornos que una pulsera de bisutería, un bolso minúsculo, un vestido ceñido verde manzana y, en el nacimiento del pecho, un arabesco de venas azuladas, finas e hipnóticas, que corrían bajo su piel translúcida.

Simon encendió dos cigarrillos y le tendió uno, que ella aceptó. Tardó demasiado tiempo en elegir las palabras para resultar natural.

Preguntó:

—Nos hemos visto antes, ¿no?

Ella asintió frunciendo los labios, con aire burlón.

Señaló con el mentón el escenario, en el otro extremo de la plaza, encogido entre un bar de tapas y un edificio de cuatro pisos. En el más puro estilo playero: focos multicolores, colección de esferas suspendidas de facetas relucientes, DJ con gafas de sol Gucci, y música a tope.

Dijo:

—Sácame a bailar.

Durante una fracción de segundo, Simon la imaginó mojada, con el tejido de su vestido empapado de sudor moldeando a la perfección las curvas de su vientre y de sus muslos. El escenario se animaría más tarde, hacia las dos de la madrugada. La pista abarrotada y la temperatura rebasaban los treinta grados.

Con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, la mujer lo miraba fijamente, y toda su actitud anunciaba: «Esta noche, el grandullón de los noventa kilos de músculos y camisa blanca se va a ocupar de mí. Únicamente de mí».

Simon respondió:
—Lo que tú digas.

* * *

La mujer se presentó. Se llamaba Émilie.

Le murmuró al oído:

—¿Y tú?

Él no respondió. Ella hizo una mueca. Simon rio y le tomó la mano. Cruzaron por entre la multitud hasta llegar al centro de la pista. Émilie bailó hasta el agotamiento, como si nunca hubiera cojeado. Se pegó a Simon y le dedicó miradas incendiarias toda la noche. Simon la observaba dar vueltas a su alrededor. Émilie parecía poseída por el diablo. Las luces estroboscópicas hacían sus movimientos más sincopados y seductores.

Cuando cesó la música, cerca ya de las tres de la madrugada, ella insistió para que Simon la acompañara de vuelta a su casa. Él protestó sin convicción. Estaba pensando en algo más expeditivo, se veía a sí mismo trajinándosela en el asiento trasero de su coche. Explicó que entraba a trabajar a las seis de la mañana. Ella hizo un mohín. Le suplicó con la boca pequeña. Simon se dio cuenta de la chispita divertida de sus ojos, que significaba que ella sabía que él iba a ceder.

Ella coqueteaba:

—No irás a dejar que me vuelva sola, en mi estado. Hay por lo menos...

Contó con los dedos.

—Diez o doce kilómetros hasta mi casa.

Simon silbó.

—¿Qué te ha hecho el desgraciado que te ha traído hasta aquí para que lo dejaras plantado?

—He venido en autoestop.

Simon puso cara de no creerla. Émilie hundió las manos en

los bolsillos con aire de enfado y bajó la vista hacia su pierna coja. Simon captó el mensaje. Dijo:

—¿A qué esperamos?

Émilie aplaudió con las dos manos.

Diez minutos más tarde, el Passat de Simon zigzagueaba por una carretera secundaria, en pleno bosque de pinos. Vidrios bajados, olor de resina, ninguna música salvo el ruido del viento al colarse dentro del habitáculo y las risas de Émilie.

Simon sujetaba el volante con una mano. Estaba demasiado ocupado en mirar de reojo a Émilie para concentrarse en la conducción. Sus poses lascivas dejaban entrever que la noche no había hecho más que empezar.

Ella preguntó:

—¿Te parezco guapa?

Simon la miró con aire de extrañeza, como si la pregunta no tuviera ningún sentido. Alargó el brazo y acarició su muslo con el dedo.

Émilie ronroneó.

* * *

Simon oyó los ladridos mucho antes de llegar a la perrera.

Después de una recta larga, la carretera describió un viraje cerrado hacia el norte y se sumergió en una pineda. La verja apareció cien metros más lejos. Estaba oculta en parte por un seto de cedros de Canadá que colonizaban zarzas y hiedras.

Simon detuvo el Passat debajo de un letrero que indicaba: «Cría canina Amorena», seguido de un número de teléfono pintado a mano. No apagó el motor para que la ventilación siguiera funcionando.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa, se secó la nuca y se volvió a Émilie.

—¿Trabajas aquí?

Ella asintió. Simon sacó dos Camel y le ofreció uno. Abarcó con un gesto la perrera.

—¿Es tuya?

Émilie se inclinó hacia él para que le encendiera su cigarrillo.

—Solo soy una empleada.

—¿Y es aquí donde duermes?

Ella compuso el gesto.

—Soy una empleada modelo, don Misterioso.

Simon rio y dio una chupada a su Camel. Émilie hizo tintinear sus llaves.

—Se asa uno de calor.

Empuñó su bolso, salió del coche para abrir la verja y le hizo una seña para que estuviera preparado. Simon dio una ojeada al reloj del salpicadero. Faltaban menos de tres horas para que tuviera que entrar a trabajar, y eso solo podía significar una cosa: noche en blanco. Pensó en el tractor forestal que le esperaba en casa de su patrón y en la larga jornada de poda que vendría después. Ahora que había llegado hasta aquí, se daba cuenta de lo estúpido que había sido. No había bebido lo suficiente.

Se enjugó la frente, pasó el codo por la ventanilla de la puerta, y sacó la cabeza.

—Tengo que irme a dormir.

—No me vengas con pamplinas.

Émilie le volvió la espalda. Accionó el mecanismo de apertura automática de la verja y la perrera se iluminó como por arte de magia. Simon arrancó y embocó el camino.

Surgían ladridos y gruñidos sordos de una treintena de jaulas dispuestas en arco alrededor de un cobertizo de chapa. De día, el lugar debía de resultar un horno. Simon siguió a Émilie. Rodeó la construcción al ralenti, ignorando los ladridos sobreexcitados que saludaban su llegada, y se detuvo frente a una caravana. Émilie descorrió el cerrojo de la puerta y se volvió. Iluminada por los faros, desprendía una especie de halo

sobrenatural. Envió una larga mirada en su dirección, con una sonrisa indefinible en los labios.

Un revoltijo de cartones y de latas de cerveza vacías se amontonaba sobre unos palés dispuestos en los extremos de una especie de patio. Unas sillas plegables de madera con la pintura agrietada, reunidas alrededor de un aparato de radio colocado sobre una bobina de cable eléctrico reconvertida en mesita, completaban el cuadro.

Simon salió del coche y aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo. Vio una furgoneta. En el lateral, el nombre y la dirección de la perrera, en letras mayúsculas. Uno de los neumáticos delanteros estaba deshinchado. Un perro bastardo de pequeño tamaño, mezcla entre un parson russell terrier y un braco de pelo corto, surgió de ninguna parte y se puso a mordisquearle los bajos del pantalón meneando la cola. Simon se inclinó para pasarle la mano por el cráneo. El animal se tendió boca arriba para pedir más caricias.

Simon preguntó:

—¿No hay nadie más?

Por toda respuesta Émilie se dio la vuelta y cadereó de izquierda a derecha, acariciándose las nalgas con la punta de los dedos, antes de desaparecer en el interior. Simon no perdió detalle de la pequeña exhibición.

Pensó: «Después de todo, ¿por qué no?».

Aplastó la colilla y entró en la caravana.

Un sofá-cama tipo clic-clac sobre el que se precipitó el bastardo hacía las veces de sillón. Había una escudilla colocada al pie de un lavabo desbordante de vajilla sucia. Émilie guio a Simon canturreando hacia lo que llamó sus «aposentos». El orden que reinaba en este lugar ofrecía un contraste llamativo con el resto de la perrera. Un aroma insistente a vainilla y el zumbido de un acondicionador de aire cubrían casi por completo el hedor y el ruido ambiente. Carteles protegidos

por vidrios de los filmes *Cabaret*, *New York, New York* y *West Side Story* decoraban las paredes. Un retrato en blanco y negro de Natalie Wood a los veinte años estaba entronizado sobre una cómoda. Al lado del lavabo se había acondicionado un pequeño espacio de maquillaje. Fotografías de buena calidad que representaban a Émilie con vestidos de baile constelaban el espejo iluminado con bombillas rojas y doradas, como en los camerinos de los teatros. Las instantáneas podían datar de cinco o diez años atrás, y daban la impresión de que Émilie había sido una profesional que había actuado en los escenarios del mundo entero. Simon se preguntó en qué ocasión habrían sido tomadas.

Émilie se dejó caer sobre la cama:

—¿Te gustan?

Simon tomó una que la representaba de perfil, enfundada en un vestido negro muy escotado por la espalda.

—En esta te pareces a Liza Minnelli.

El rostro de Émilie se ensombreció durante un instante. Se sentó con las piernas cruzadas bajo el busto y recostada contra las almohadas.

—Fue hace mucho tiempo.

Simon no insistió. Volvió a colocar la foto en su lugar y se apoyó en el marco de la puerta.

Émilie esbozó una sonrisa enigmática y se desprendió de su vestido, despacio; luego bajó de la cama y se acercó a él. Simon desfalleció. Su campo de visión se redujo. Ahora ya no pensaba en nada, hipnotizado por la prótesis que ocupaba el lugar de la pierna izquierda de Émilie. Alargó la mano para tocarla, pero en el último momento Émilie chascó los dedos para desviar su atención.

Se acercó, atrapó la mano de Simon y la colocó sobre uno de sus senos.

—Soy buena bailando, ¿no es verdad?

Él intentó apartarse, pero ella se frotó contra él.

—Esta noche has visto el efecto que causo en los hombres y las mujeres, ¿verdad?

Él capituló:

—Lo he visto.

Émilie soltó una carcajada. Luego se puso de puntillas. Con un gesto autoritario, se apoyó en los hombros de Simon y le obligó a arrodillarse. Cuando la cabeza del coloso estuvo situada al nivel de su vientre, ella lo tomó de las muñecas y guio sus manos con precaución sobre su prótesis; luego las hizo ascender lentamente hasta el punto de unión con el muslo. Simon se dejó guiar, los dedos febriles al contacto con el plástico y la piel. Jadeaba, con el rostro a pocos centímetros del sexo de Émilie. Se quitó la camisa y respiró hondo. Fuera, los perros aullaban a la luna. Las manos de Émilie temblaban. Simon dio por supuesto que se debía a la tensión sexual. Fue su primer error de juicio.

Todo ocurrió muy deprisa.

Émilie se echó atrás con un movimiento de la pelvis, hundió la mano en el montón de almohadas apiladas en la cabecera de la cama y empuñó un revólver, con el que apuntó al pecho de Simon.

Su voz era clara y helada:

—Hoy no irás a trabajar, Simon Diez.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Émilie le miró sin contestar. Pensó: buena pregunta, segundo error. Simon reconoció entonces el arma y abrió los ojos de par en par.

—¿Y cómo has conseguido ese cacharro?

Bajó despacio de la cama, dispuesto a saltar hacia la salida.

Émilie dijo:

—Te quedas aquí.

Luego le disparó un tiro en la pierna izquierda.